

Informes de las Conferencias Episcopales Latinoamericanas durante la Primera Parte del Sínodo del 74, sobre Experiencia de Evangelización en sus respectivos Países

"Las intervenciones que estos padres (de lengua española) han tenido en los debates las publicamos en su texto íntegro traducido o corregido por los mismos interesados" (*L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, n. 44, de 3 de noviembre de 1974) *

Informe del Episcopado de las Antillas (por Mons. Samuel Carter). En lo referente al aspecto ecuménico, lo que une a las Iglesias es más importante que lo que las separa. El trabajo común no consiste tanto en la cooperación en las obras sociales cuanto en predicar juntos el Evangelio de Cristo. La Conferencia de las Iglesias del Caribe, que tiene por finalidad edificar en común la vida en Cristo y consolidar el reino de Dios en el mundo con el intercambio de experiencias, ha contado desde el comienzo a la Iglesia católica entre sus miembros. En mi arquidiócesis existe la colaboración entre la Iglesia católica y la Iglesia anglicana en orden a la edificación de Iglesias en las ciudades de nueva construcción. Existe también una comunicación en las funciones sagradas, incluida la Eucaristía; se augura la ampliación de esta comunicación, por ejemplo, con la abolición de la prohibición impuesta a los no católicos de hacer las lecturas durante la Misa. Se hace notar que la unión de las Iglesias es más fácil en algunas partes del mundo que a nivel mundial. Se ve el aspecto ecuménico en estrecha relación con la necesidad de una indigenización ulterior y de una descentralización y simplificación mayor de cuanto se ha hecho hasta ahora, especialmente en lo referente al derecho canónico, de manera que el Cristo que se predica en todo el mundo pueda encarnarse en cada cultura local. La Iglesia no debería mostrarse estática en la codificación, sino dinámica, ya que la disciplina eclesiástica debería ser un medio para la evangelización. Dicha disciplina será un obstáculo, si se le considera como algo completo, cerrado a ulteriores adaptaciones, tan necesarias en estos tiempos de cambios continuos. La revisión de la legislación de la Iglesia, como su codificación son de gran importancia para la evangelización.

Informe del Episcopado de la Argentina (por el Card. R. Francisco Primatesta). Es necesario definir con precisión el concepto de evangelización, teniendo en cuenta las condiciones de los tiempos actuales y sin omitir la doctrina de la Sagrada Escritura de los Santos Padres y del Magisterio de la Iglesia, para evitar que este modo cualquier tipo de confusión.

El objeto de la evangelización es todo hombre y todos los hombres. El Concilio Vaticano II, en la Constitución *Gaudium et Spes* (como también la Carta Apostólica *Octogesima Adveniens*) presenta esta doctrina partiendo de principios metafísicos que, aunque en teoría son de todos conocidos, sin embargo en la

* Los textos que citamos a continuación se encuentran literalmente en *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, nn. 41, de 13 de octubre de 1974, y 42, de 20 de octubre de 1974. (*Nota de la Redacción*).

práctica no se tienen en cuenta ni respecto al hombre individual ni respecto a la sociedad. El Sínodo no debe pasar por alto este problema; es decir, el Sínodo debe considerar al hombre individualmente, como persona, sobre todo en la situación actual en la que con razón se ha dicho que "el hombre ha muerto", pues se le ha reducido a un simple instrumento del progreso; debe tener en cuenta su naturaleza social, hoy que tanto se habla del carácter comunitario de la sociedad y se viene a caer o en el liberalismo individualista o en el colectivismo marxista; el Sínodo debe recordar la trascendencia de la persona humana, el aspecto religioso de su vocación a vivir en comunión con la vida cristiana de Dios; finalmente, debe tener en cuenta su tensión dinámica: el hombre no puede encerrarse en su individualismo, sino que debe realizarse comunicando la bondad divina a las realidades humanas. En este sentido merecen particular atención en la obra de evangelización: los no practicantes; los que, católicos o no, se abandonan a manifestaciones religiosas con frecuencia aberrantes, pero que expresan la inquietud del hombre moderno frente al misterio de la vida y de su trascendencia (pentecostalismo, parapsicología, etc.); la evangelización en las manifestaciones de masa; el problema del progreso y la consecuente crisis del humanismo y de los valores espirituales.

El sujeto de la evangelización es toda la Iglesia, en su dimensión jerárquica y laical, y en su aspecto escatológico o de vida religiosa. Hay que tener presentes dos cosas: en primer lugar, que la mejor y más eficaz evangelizadora es la comunidad en cuanto tal, unida en la misma fe, porque cuanto más intensa es la vida de la Iglesia, tanto mayor es la asistencia del Espíritu Santo; de aquí el doble movimiento de la evangelización: *ad extra*, por medio del testimonio público de fe; *ad intra*, por medio de la edificación fraterna; y, en segundo lugar, hay que distinguir con claridad la misión de la jerarquía y de los demás en el campo de la evangelización, pues la confusión en este terreno hace inútil la evangelización. Hay que evitar la clericalización de los laicos y la laicización del clero. En este terreno hemos de tener en cuenta los temas siguientes: la acusación hecha a la jerarquía de la Iglesia de que no "se compromete" con el mundo; los defectos de algunos miembros del clero que se sirven de la palabra de Dios para sus opciones políticas; la presencia de las mujeres en la evangelización; el gran valor que constituyen los religiosos y religiosas, como trabajo y como testimonios. En este momento en que tanto se exaltan los valores humanos y materiales, la labor de los religiosos es de gran importancia, pues de testimonio de la vida futura en la que, al fin, reinarán la justicia, la paz y el amor. Pero hay que estar atentos para no admitir ciertas situaciones que, quebrantando la pobreza, castidad y obediencia, oscurecen dicho testimonio.

El contenido de la evangelización es toda la revelación, comunicada bajo la guía del Magisterio eclesial. Hay que tratar los siguientes temas: exponer íntegramente el contenido de la Revelación; la trascendencia de la evangelización, la dimensión horizontal y su relación con el culto; el problema de la fe, de la cultura y de la religiosidad popular, de la evangelización explícita e implícita; la relación entre evangelización y liberación; punto este muy importante para América Latina, y en que no todos proceden siempre con prudencia y equilibrio. Hay que hacer ver que la liberación y el desarrollo disponen para la gracia sólo si proceden de la gracia y de la acción del Espíritu Santo. Cuanto más se acerca el hombre a Dios siguiendo el mensaje evangélico, tanto más descubre a Dios en la creación, tanto más, le sirve y se une a El; en esto consiste la absoluta y auténtica liberación.

Informe del Episcopado del Brasil (por el Card. Avelar Brandao). En nuestra situación, la crisis de la religiosidad católica tradicional constituye el fenómeno principal en el campo de la evangelización. La emigración dentro del país y el proceso de industrialización y, de urbanización plantean nuevos problemas pastorales, que la Iglesia no ha estado siempre preparada para superar. El sentido religioso del pueblo brasileño, con frecuencia poco iluminado por una fe madura, está sometido a la dura prueba del secularismo y del pluralismo. Más aún, los numerosos movimientos religiosos no católicos, que están en continuo aumento, turban frecuentemente la fe católica. Muchos fieles, principalmente en las grandes ciudades, sienten dificultad en integrarse en las comunidades parroquiales. Un amplio sector del pueblo no toma parte regularmente en la vida de la Iglesia. Un gran número, especialmente pobres y emigrantes, víctimas del insuficiente cuidado pastoral de muchas parroquias, frecuentan actos de culto no católico y aún no cristiano. Finalmente, gran parte de la sociedad brasileña no ha querido aceptar la renovación de la Iglesia iniciada por el Concilio Vaticano II. Pero, aún cuando haya que reconocer una cierta pérdida cuantitativa, el resultado de la renovación ha sido cualitativamente positivo.

A pesar de todo esto, la comunidad católica del Brasil es más consciente de su misión y está viviendo un momento de un dinamismo de fe y de una fidelidad a Cristo más intensos, buscando nuevos medios de proclamar el Evangelio de la gracia en la Iglesia y en el mundo.

Dos son los presupuestos principales de la obra evangelizadora en Brasil. En primer lugar los estudios especiales que ha realizado la Conferencia nacional de los obispos para conocer mejor la realidad humana integral, social y religiosa, a la luz de una legítima antropología cristiana. Se han estudiado, por ejemplo, la situación real de los sacerdotes y de las religiosas, el movimiento del apostolado social especialmente entre los jóvenes, la situación de las pequeñas comunidades cristianas y de diversas asociaciones de fieles. Se han realizado también estudios sobre la religiosidad popular, un tanto contaminada de sincretismo, sea por las religiones de origen africano, sea por la filosofía y mística oriental. Se ha estudiado, finalmente, la realidad socio-económica para promover la paz y la justicia social a la luz de los derechos y de la dignidad del hombre. En segundo lugar, la Conferencia Episcopal ha emprendido una incansable acción pastoral orgánica, planificada y corresponsable a nivel nacional y regional, sin menoscabar con ello la autonomía y originalidad de las Iglesias locales. Más aún, las mismas Iglesias locales han creado nuevos instrumentos de corresponsabilidad, planificación y coordinación, como los consejos presbiteriales y las comisiones pastorales, que han servido para la renovación ordenada de las parroquias.

Las pequeñas comunidades se deben considerar con frecuencia un instrumento excelente al servicio de la predicación e interiorización de la palabra de Dios. En ellas se interpretan las exigencias concretas de una vida plenamente cristiana y humana, con el fin de conseguir integralmente el bien religioso y el bien común, es decir, la liberación total del hombre entendida a la luz del Evangelio. En Brasil estas comunidades pequeñas, entendidas en un sentido más o menos estricto, han resultado ser órganos validísimos de evangelización y han realizado un servicio pastoral grande y variado, por ejemplo, en el esfuerzo por la conversión personal, en la escucha de la palabra de Dios, en la fructuosa recepción de los sacramentos, en la celebración fraterna de la Eucaristía. Es en ellas donde principalmente se desarrollan nuevos carismas cristianos y nuevos ministerios de la

comunidad, entre los hombres igual que entre las mujeres, para bien de toda la Iglesia. No podemos olvidar que ninguna comunidad eclesial es más urgente que la del obispo con su presbiterio. Es necesario que, en toda Iglesia local, el obispo esté unido con sus presbíteros, y viceversa, en una comunión de mente y en un testimonio de vida tales que se conviertan en una comunidad eclesial fraterna, ejemplo de la propia grey. Cuanto más firme y más enraizada en Cristo sea esta comunidad, tanto más sólidas y fervorosas serán las demás comunidades eclesiales. Ella es la primera y fundamental comunidad eclesial en cualquier diócesis. Hay que hacer notar también que actualmente se están formando muchas asociaciones de diverso tipo entre los fieles de la Iglesia, las cuales merecen una gran estima.

En este contexto hay que reconocer la verdadera utilidad pastotal que ofrecen a las comunidades los nuevos ministerios de la Palabra y de los Sacramentos: no sólo el ministerio de los diáconos, de los lectores de la Palabra, de los acólitos, sino también el de aquellos que, según el sentido de la fe y de diversas formas, actúan dentro de la comunidad. Sin embargo, la escasez de sacerdotes constituye un problema en lo referente a la celebración frecuente de la Eucaristía en las pequeñas comunidades de vida cristiana.

Es siempre creciente la conciencia de la utilidad pastoral y de la necesidad de un conocimiento más profundo de las formas de religiosidad popular en orden a purificarla y promoverla. Crece asimismo el deseo de encontrar nuevos caminos para la llamada "pastoral de masa", es decir, la atención general dirigida al bien religioso del pueblo cristiano en sus grandes reuniones y manifestaciones, con el fin de educar más adecuadamente la fe. Algunas nuevas formas están ya en práctica, por ejemplo, las misiones populares renovadas, la cura pastoral en los santuarios, la organización de las peregrinaciones, etc.

Se debe promover y proseguir la renovación litúrgica para hacer que los misterios litúrgicos estén más estrechamente unidos a la vida práctica. Muchas iglesias locales desearían una mayor flexibilidad, para que sean más fáciles la adecuada adaptación cristiana a la cultura concreta y la celebración ritual, según el espíritu del Vaticano II. La reforma litúrgica ha dado ya muchos frutos en favor de la evangelización. Se ha mejorado la celebración de los Sacramentos, principalmente de los de la iniciación cristiana y del matrimonio, por medio de una adecuada preparación y de la proclamación de la fe dentro del mismo rito.

No se debe olvidar tampoco la utilidad pastoral que ofrecen los grupos religiosos de laicos, especialmente cuando están organizados con un buen método. Las comisiones pastorales, nacionales y regionales, son una buena expresión de la participación activa de los laicos en la vida de la Iglesia. Más especialmente entre los jóvenes se cuentan numerosos movimientos y actividades al servicio del Evangelio y de la vida cristiana. No podemos dejar de mencionar la gran labor de las religiosas tanto en el campo de la educación como en el del cuidado de los enfermos, pero sobre todo en el heroico esfuerzo que realizan por asumir responsabilidades pastorales, ayudando a los sacerdotes los domingos en parroquias pobres del campo y de los suburbios.

La mayor exigencia y el signo más concreto del Reino de Dios es la evangelización de los pobres. Se requiere una especial atención a la evangelización de los marginados de la sociedad: los abandonados de todo tipo, los pobres, los enfermos, los hombres y mujeres que no pueden vivir dignamente de su trabajo, las prostitutas, los niños que viven como huérfanos en familia, los emigrantes, los jóvenes drogados, los encarcelados, en una palabra, los que no tienen esperanza en este

mundo. Cuando éstos sienten el amor de Dios en la caridad cristiana, reciben como una nueva vida.

Finalmente han de considerarse como nuevas señales de la voluntad de Dios tanto el interés por los valores humanos: la sed de justicia, de libertad y de justa distribución de los bienes de la vida y de la cultura, el deseo de fraternidad universal, la promoción de la mujer, las inquietudes de los jóvenes: como el interés por los valores específicamente cristianos: deseo de oración y de vida interior, el amor a Cristo y a la Iglesia, el reconocimiento de la autoridad moral del Sumo Pontífice en asuntos internacionales. Es necesario, finalmente, que aceptemos real y eficazmente las conclusiones y directrices finales del Sínodo, y que éstas sean objeto de estudio y base para una pastoral orgánica en todas las Iglesias locales del orbe católico, como signo de la unidad eclesial.

Informe del Episcopado de Chile (por Mons. Maximiano Valdés). El pueblo chileno es un pueblo tradicionalmente católico y religioso desde hace más de cuatro siglos. Pero desde comienzos de este siglo viene sufriendo el pernicioso influjo de diversos errores, como el liberalismo económico, el laicismo y el materialismo marxista. El 85 por ciento de la población está bautizada en la Iglesia católica; el 15 restante son cristianos no católicos, pues son poquísimos los que se declaran no creyentes. Sin embargo, entre los fieles se dan grados muy diversos de participación activa en la vida de la Iglesia. La mayoría de los católicos conserva en cierto modo la fe, pero padece una profunda ignorancia religiosa. Ignoran que son miembros de la iglesia y son muy pocos los lazos que les unen a ella. Se conservan diversos cultos tradicionales, sobre todo en los Santuarios regionales y en el así llamado folclore religioso. Los pastoralistas actuales recogen todo esto bajo el título de "religiosidad popular" y lo tienen en gran consideración. La Iglesia trabaja para hacer que estos cristianos indiferentes o ignorantes tomen conciencia de su vocación y de su responsabilidad en la comunidad eclesial.

La así llamada cuestión social reviste una gran importancia entre nosotros para la vida y la evolución de la Iglesia. Ya desde la publicación de los primeros grandes documentos del Magisterio pontificio acerca de la doctrina social, nuestros obispos y laicos responsables se entregaron con toda el alma a resolver este problema. Influyó mucho en su toma de conciencia la siguiente frase del Secretario de Estado de Pío XII: "El futuro de la Iglesia en Chile depende sobre todo de la sensibilidad social de los católicos". Desde entonces los mejores elementos del clero y del laicado se dedicaron con todas sus fuerzas a esta tarea. Así surgió aquel gran movimiento de cristianismo social que terminó formando un partido político, que despertó las esperanzas de que su actividad alcanzaría la paz de Cristo en el reino de Cristo. Después de más de treinta años de incansable actividad, el partido llamado Democracia Cristiana fácilmente llegó al poder en las elecciones populares. Se pretendía una profunda transformación de las estructuras sociales y políticas, lo cual es propiamente la tarea de los laicos comprometidos. Pero estas transformaciones no son suficientes para que el Evangelio transforme la vida de los hombres, que es la labor constante de la Iglesia. Se trataba ciertamente de modificar unas estructuras injustas; pero los corazones de los hombres necesitaban una transformación más profunda. De qué sirve cambiar las estructuras, si los hombres continúan en pecado? Vienen a la mente las palabras del Papa Pío XII cuando decía que si la Iglesia hubiese sido instituída para solucionar los problemas humanos, no tendría la efica-

cia que tiene realizando su misión de llevar a los hombres a Dios. El Vaticano II en la Constitución pastoral *Gaudium et spes* nos ha recordado lo mismo.

En el referido período de la vida chilena no se tuvieron en cuenta algunos principios fundamentales del Evangelio del Reino de Dios, como tampoco se tuvo en cuenta suficientemente la misma vida espiritual de la Iglesia. Así se produjo entre la juventud una fuerte crisis de vocaciones sacerdotales y religiosas y de apóstoles seculares. Sólo tenía importancia dedicarse a la acción social política, es decir, dedicarse con exclusividad a lo temporal. Casi todo sentido de la trascendencia propio de Dios y de la Iglesia fue postergado, mientras se centró la atención casi exclusivamente en el progreso social, según criterios seculares. La Acción Católica general fue desapareciendo, y la así llamada Acción Católica especializada, aunque en un primer momento fue muy bien planteada, poco a poco se deslizó hacia la acción temporal, ya que los cristianos deseaban dedicarse con mayor urgencia a esta actividad, y al final se lanzaron directamente a la acción política bajo la guía de los partidos, hasta llegar a imbuirse en principios políticos más que de los evangélicos. Por otra parte, los cristianos que todavía seguían el liberalismo político crearon una fuerte oposición y este antagonismo entre los católicos produjo una verdadera y profunda crisis, que ciertamente no se puede superar con palabras o argumentos temporales, sino únicamente mediante el Evangelio de Cristo.

En esta situación que acabamos de describir llegó fácilmente la penetrante fuerza de la ideología marxista. Con una prudencia admirable estos secuaces del materialismo, tocados en un cierto idealismo, engendraron el sentido revolucionario, sobre todo en la conciencia de los jóvenes, y lo difundieron rapidísimamente durante estos últimos años, en nuestro pueblo en otro tiempo tan pacífico, valiéndose de todos los medios oficiales de comunicación social. No faltaron, por otra parte, sectores de clero y de religiosas que cayeron en la trampa de este influjo. De nada sirvió el que los obispos individualmente, y muchas veces todo el Episcopado en común, llamasen su atención para evitar sus errores, con cuidado para no romper el diálogo. La mayor parte de los así llamados sacerdotes para el socialismo eran extranjeros, con gran sutileza y habilidad para propagar sus ideas; pero desconocedores quizás del espíritu del Evangelio y de Cristo, que no ha venido para establecer en este mundo un reino político sino para libramos a todos del pecado y para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia. Sembraron con su conducta una gran confusión en las comunidades cristianas. Nosotros no los juzgamos ahora; que Dios los perdone.

Todos conocemos el fin del régimen así llamado "preparación para el socialismo a la chilena" introducido por el marxismo. No tenemos necesidad de dar una explicación más amplia ni investigar los hechos más exhaustivamente. Después de algún tiempo la historia lo aclarará todo.

La Iglesia en este momento, como por otra parte siempre hizo, cumple la misión y la obligación de mostrar a los hombres el camino del Evangelio para que obtengan la verdadera libertad de los hijos de Dios. Los pastores tratamos incesantemente de usar este derecho con libertad evangélica, pero no sin la debida prudencia, no vaya a ser que, al buscar una estimación ocultamente, el pueblo se vea obligado a soportar todavía mayores daños.

Los pastores trabajan intensamente en todos los campos de la evangelización, en un esfuerzo singular para cristianizar de nuevo nuestro pueblo. Con sus afanes eclesiales se hacen presentes actualmente en todos los ámbitos de la sociedad, atendiendo principalmente a los oprimidos por dolores del alma y del cuerpo. Y

deseando llevar a todos la luz del Evangelio centran su atención principalmente en los jóvenes, sobre todo universitarios, y en los obreros y campesinos, con el fin de ayudarles a lograr su auténtica y plena liberación en Cristo.

Informe del Episcopado de Colombia (por Mons. Samuel S. Buitrago). Comienza hablando de los agentes primarios de la evangelización, es decir, de los tres órdenes de la Jerarquía eclesiástica: obispos, presbíteros y diáconos. Hay un ministerio apostólico conferido por Cristo a sus Apóstoles y sus sucesores, los obispos; ministerio apostólico participado por los Apóstoles en diverso grado y con peculiar misión a los presbíteros y diáconos. La misión confiada por Cristo a los Apóstoles fue eminentemente evangelizadora, de anuncio de la Buena Nueva. Esta importante cuestión nos lleva a plantearnos una serie de preguntas cuya respuesta deberíamos afrontar el presente Sínodo. Cómo se cumple por parte del obispo, hoy día, en todos los ambientes el deber de evangelizar? Con la actual estructura diocesana, puede el obispo dedicar suficiente tiempo y preocupación a su deber fundamental de ser maestro de la verdad? No se dedica más tiempo del necesario a cuestiones meramente administrativas con grave perjuicio de la evangelización? Son adecuadas a nuestro tiempo las formas de evangelización usadas por los obispos? No necesitarán una profunda revisión? No será necesario buscar nuevas formas de predicación para que el mensaje sea suficientemente difundido y captado por el hombre de hoy? Se siente con angustia la falta de presbíteros, no solamente en las Iglesias del Tercer Mundo que ven en este factor uno de sus mayores problemas, sino también se empieza a sentir en las Iglesias antiguas de los países desarrollados, tradicionalmente bien servidos. Sin embargo, el presbítero está dedicando suficientemente tiempo, interés, empeño y consagración a la evangelización? No se ha burocratizado en buena parte del mundo desarrollado la figura del presbítero, e inclusive en cierta parte del Tercer Mundo? Por otra parte, la participación del Sacerdocio de Cristo en el ministerio jerárquico, no se limita al episcopado y al presbiterado, como ha sucedido durante muchos siglos de historia de la Iglesia; incluye también al diaconado. Sin él tendríamos un orden jerárquico incompleto; un cuadro ministerial que no responde a las necesidades de la Iglesia. Sin embargo, podemos preguntarnos: han sido suficientes los esfuerzos hechos para su instauración? Los Episcopados de todo el mundo se han empeñado a fondo en esta instauración?

Todas estas preguntas hacen pensar la necesidad de afrontar de lleno la problemática de la evangelización en sus ministros primarios, obispos, presbíteros y diáconos. Y esta necesidad se afrontará desarrollando fuertemente una teología y una pastoral de los agentes ministeriales de la evangelización, con un amplio fundamento bíblico. Por otra parte es necesario evitar oscurecer o disminuir la obligación de evangelización de los ministros jerárquicos, descargando esta obligación en los ministros secundarios o delegados, catequistas y similares. Es necesario revitalizar el ministerio evangélico del obispo y del presbítero, reformando de tal manera las estructuras actuales que les permitan dedicar el tiempo y la consagración suficientes al ministerio de la palabra, el primero y más importante de su misión. No estará la clave de esta reestructuración en la instauración del diaconado para que el orden jerárquico en sus tres niveles, obispos, presbíteros y diáconos, pueda prestar a la Iglesia ese ministerio pleno, jerarquizado, es decir ordenado, dentro del sacramento del orden, de tal manera que todo el pueblo cristiano se vea enriquecido por el servicio completo y universal de sus ministros? Es necesario que el Sínodo afronte

de lleno toda la problemática de los ministros primarios de la evangelización: los obispos; y sus inmediatos colaboradores con quienes participan del sacerdocio ministerial: los presbíteros y los diáconos.

La Conferencia Episcopal Colombiana ha recomendado en diversos documentos y ha impulsado de diversas maneras las "comunidades eclesiales de base". Se trata de una experiencia sumamente valiosa y positiva como forma de vida cristiana intensa en la fe, la esperanza, la caridad, la oración, la vida Sacramental, el crecimiento en el conocimiento del mensaje de salvación. Las comunidades de base se revelan como realidad pastoral de primer orden con las características que se señalan a continuación. "Comunidad": grupo humano, intermedio, ligado por relaciones primarias entre sus miembros; heterogéneo, completo por la variedad de personas que lo componen; con un interés fundamental común: la vida cristiana, activa, dialogante en la fe, que crece de acuerdo con sus propios principios vitales; "eclesial": comunidad identificada con la Iglesia de la cual es célula viva en su actividad tanto teológica como sacramental y de oración, comunidad eclesial por el testimonio de vida y de la palabra, por el crecimiento en la vida y conocimiento de la fe, comunidad eclesial estrechamente unida a las grandes estructuras comunitarias, diócesis y parroquia, mediante el ministerio diaconal y presbiterial; "de base": por el íntimo conocimiento de sus miembros; por el sólido fundamento del vínculo común que los une; porque ella debe ser la base del gran organismo de la parroquia y la diócesis, ya que estas grandes comunidades se revitalizan y crecen por la presencia de un buen número de pequeñas comunidades eclesiales.

Las comunidades eclesiales de base se han revelado como una de las respuestas más adecuadas para "desmasificar" la vida cristiana de la gran parroquia o de la pastoral de masas, que ha sido hasta ahora tan típica de América Latina y que causa gran preocupación a los Pastores e insatisfacción a un número creciente de fieles, deseosos de una personalización en la fe. Estas comunidades son algo intermedio entre el cristianismo particular y la comunidad parroquial o diocesana, donde él se siente personalizado y donde, en cierta manera, supera el anonimato que le parece vivir en la gran comunidad parroquial o diocesana. La comunidad de base no niega el gran valor de las estructuras de gran tamaño, parroquia y diócesis, éstas tienen todo su valor. Sin embargo, a nivel intermedio y con dimensiones humanas siente la necesidad de estas comunidades para favorecer la personalización en la fe, el diálogo cristiano, el progreso en el conocimiento del mensaje evangélico. Para que la comunidad eclesial de base realice plenamente esa necesidad de vida cristiana a nivel o dimensión humana, se hace necesaria la presencia ministerial jerárquica en ella para garantizarle su desarrollo, su orientación y vinculación con la parroquia o con la diócesis. Hasta el presente estas comunidades han sido orientadas por presbíteros, que las visitan periódicamente. Sin embargo, su atención demanda de ellos una dedicación más plena, que no pueden dar. Los fieles de la comunidad demandan con insistencia la presencia del presbítero; pero se juzga que el ministerio diaconal es el más adecuado para la atención permanente de estas comunidades. Por este motivo los trabajos de la Conferencia Episcopal de Colombia con miras a la instauración del diaconado permanente, se orientan al descubrimiento de las vocaciones al ministerio diaconal en las comunidades eclesiales de base, para el ministerio de estas comunidades, con una orientación netamente evangelizadora.

En cuanto a la importancia de las comunidades eclesiales de base en la evangelización, hay que decir que estas comunidades, después de recorrer unas etapas iniciales de relaciones humanas que conducen al establecimiento de relacio-

nes primarias entre sus miembros, se inician en el conocimiento de la Sagrada Escritura. El estudio y la meditación del Nuevo Testamento, lleva paulatinamente al miembro de la comunidad a gustar intensamente de la palabra de Dios. Por etapas sucesivas y concéntricas en el diálogo y meditación de la Sagrada Escritura, el cristianismo va creciendo en su vida teologal y llega a descubrir el valor de la oración comunitaria, de los sacramentos, del testimonio de vida, del apostolado, de los ministerios laicales (que ya se han conferido a algunos), y quizás, sienta el llamamiento a los ministerios jerárquicos.

Informe del Episcopado de Costa Rica (por Mons. Román Arrieta). Del obispo, principal evangelizador según la voluntad de Cristo, el hombre moderno exige como indispensables ciertos requisitos, entre los que podemos señalar los siguientes:

Que sea siempre y por encima de todo pastor. Pastor es aquel que está en condición de conocer a los suyos y a quien los suyos pueden conocer y tener acceso; que está en contacto constante y frecuente, sobre todo con los presbíteros, sus más inmediatos colaboradores; que puede tratarlos como a hijos y amigos, sentarse a su mesa, y dialogar con ellos sobre las cuestiones que más les preocupan y afectan. Pero a todo esto se opone la situación real de muchas diócesis del mundo que por su extraordinaria magnitud dificultan al obispo el ser pastor y lo reducen, contra su voluntad, a la condición de administrador, alejado de su pueblo y separado de sus inmediatos colaboradores. Es éste un problema grave y urgente, que se presenta sobre todo en las grandes ciudades y que sólo tendrá solución cuando las diócesis sean verdaderas unidades pastorales que permitan una comunicación humana y eficaz entre el pastor y los fieles, entre los fieles y el pastor. Cómo dividir una gran ciudad en varias diócesis, cada una con su pastor propio al frente y garantizar al mismo tiempo la unidad de acción pastoral indispensable en dicho conglomerado humano? He ahí el problema que siempre se ha presentado. Pensamos, sin embargo, que la nueva figura jurídico—pastoral que emerge del Vaticano II y que es la Conferencia Episcopal, puede representar la solución a dicho problema. Así como existen Conferencias Episcopales nacionales y regionales, podemos pensar en una Conferencia Episcopal que llamáramos metropolitana, formada por todos los obispos de las varias diócesis en que se divida la ciudad y a cuyo nivel dicha unidad de acción pastoral puede muy bien lograrse. Pensamos que una solución tal para las grandes metrópolis donde el proceso de rápida descristianización es evidente, podría favorecer mucho la causa de la evangelización del hombre de nuestro tiempo cada vez más tentado u obligado por las circunstancias a vivir en la ciudad.

Que esté atento a los signos de los tiempos. El único ministerio de Cristo, compartido en modo y grado diverso por los diversos ministros, para que sea de verdad eficaz, debe constituir una respuesta válida a las necesidades concretas de hombres concretos en tiempos y lugares concretos. Por eso el obispo de hoy no puede cerrar sus ojos a la realidad; debe tener el dinamismo necesario para acompañar en su peregrinar hacia el Padre a un hombre que se mueve en todos los campos a velocidad de "jet" y de cápsula espacial; debe esforzarse por descubrir en cada situación el modo más oportuno y eficaz para inyectar en las venas del hombre contemporáneo, como dijo Juan XXIII al convocar el Concilio Vaticano II, la savia vital del Evangelio. El obispo de hoy debe ser por lo mismo un hombre que lee mucho, que estudia mucho, que reza mucho, que vive hondamente la colegialidad, reuniéndose frecuentemente con sus hermanos pastores y otros hombres para

encontrar juntos los modos más aptos para llevar al hombre de nuestro tiempo la Buena Nueva de Jesús; que reconoce humildemente su necesidad de continuo *aggiornamento*. Para la Iglesia y para el mismo obispo será siempre una tragedia vivir aislado, pretender que su acervo cultural es inagotable y que las soluciones válidas para ayer lo sean también para hoy.

Que sea un hombre abierto a la voz del Espíritu. Espíritu que sopla donde quiere y por quien quiere; Espíritu que no puede ser sustituido ni sofocado; Espíritu generoso en prodigar sus dones a la primitiva iglesia y no menos generoso para prodigarlos a la iglesia que peregrina en nuestros tiempos. Ese Espíritu está suscitando hoy movimientos que pueden significar una verdadera primavera para la iglesia. Nuestro deber es seguirlos solícitamente, estudiarlos detenidamente, orientarlos debidamente; hacer nuestra, en una palabra, la enseñanza de San Pablo: "Probarlo todo y retener lo bueno".

Durante el mes de septiembre, los obispos de Centro América y Panamá nos reunimos para tratar el mismo tema del Sínodo: "La evangelización del mundo en nuestro tiempo". Del obispo, el gran evangelizador de ayer y de hoy, dijeron ellos: "Que comprenda las necesidades de su pueblo; que esté convencido de que no puede hacerlo todo por sí mismo; que necesita de los demás; que esté abierto a la luz del Espíritu; que sea capaz de dialogar; que sea paciente y sufrido; que sea hombre de profunda vida interior; que crea en la colegialidad y la viva; que sea irreductible ante la injusticia, venga de donde viniere; que sea sencillo y pobre; que confíe en sus sacerdotes, los defienda y los trate como amigos y que haga otro tanto con sus demás colaboradores; que esté consciente de la necesidad que tiene de una formación permanente a través de la lectura, cursos y encuentros episcopales; que sepa retirarse cuando en conciencia no se sienta ya más capaz para afrontar las graves obligaciones de su ministerio". La evangelización del mundo de nuestro tiempo va a depender en gran manera de que nosotros, Pastores, nos esforcemos por practicar lo que aquellos obispos dijeron de sí mismos.

Informe del Episcopado de Ecuador (por Mons. Bernardino Echeverría). La Conferencia Episcopal, al tener que celebrar el primer centenario de la Consagración del Ecuador al Corazón de Jesús, decretada primero por el Episcopado de entonces, ratificada por el Congreso de la República y confirmada por aquel ilustre hombre Dr. Gabriel García Moreno que, en ese entonces, ejercía la primera magistratura de la nación, sintió la necesidad de celebrar esta gloriosa conmemoración realizando "Un año de evangelización", que comenzó el 1o. de enero de 1974 y terminará el 31 de diciembre de 1974.

Los obispos se propusieron presentar a los fieles una versión de esta devoción acomodada al modo de pensar de nuestro tiempo y para resaltar la dimensión social y humana de la misma devoción estableció en la ciudad de Guayaquil la "Fundación de corazón a corazón", destinada a prestar ayuda a los enfermos del corazón y carentes de medios humanos para curarse. Como consecuencia lógica de la devoción al Corazón de Jesús convocó el III Congreso Eucarístico Bolivariano que se celebró en junio del presente año, con la participación de muchos obispos de todos los países bolivarianos y con la presencia del Santo Padre a través de su Legado.

El año de evangelización se preparó de la siguiente manera. Ante todo, con el fin de descubrir la realidad del pueblo y seleccionar el mejor método para hablarle, los obispos del Ecuador, en varias sesiones, unas veces solos, otras con miembros del

presbiterio, de los religiosos y de los seglares comprometidos, analizaron las causas de la ignorancia religiosa y, sobre todo, consideraron las características del mismo. Se confió a una comisión episcopal la elaboración de un esquema de predicaciones que basándose en los textos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento pudiera prestarse para una exposición orgánica y sistemática del plan de la salvación. Estos textos deberían incorporarse a la liturgia de los domingos, para que los sacerdotes pudieran servirse de ellos en la homilía. Así mismo se resolvió que en los siete domingos anteriores al Congreso se presentara toda la doctrina renovada de los sacramentos. Una vez confeccionado el esquema de predicación fue nuevamente revisado y aprobado por la Conferencia. Luego, se imprimió y se repartió a todos los sacerdotes, a los religiosos y a los catequistas para que en las misas, en los círculos de las comunidades eclesiales y de las asambleas cristianas fueran convenientemente explicados los textos. Para todo esto hubo también una doble preparación del personal. Los sacerdotes recibieron cursos especiales de renovación teológica y los seglares se agruparon en asambleas cristianas que son comunidades incipientes de base. El éxito obtenido por este procedimiento ha sido innegable. Ante todo se ha conseguido dar al pueblo de Dios una doctrina uniforme, segura, consiguiéndose en esta forma que el pueblo no sufra el escándalo de verse envuelto en la confusión que experimentan algunos de sus pastores. Por otra parte, también ha contribuido a que los mismos sacerdotes se unifiquen, pues al hallarse unidos en la presentación de los mismos temas se han encontrado también unidos en la misma fe.

El orador terminó haciendo una propuesta: que se declare año de evangelización para todo el mundo el año que seguirá al Sínodo, a fin de que, en este año, a base de esquemas que contengan los temas de la predicación, elaborados a escala mundial por el Santo Padre o a escala continental por los respectivos organismos, podamos aprovecharnos de esta circunstancia para cumplir con el mandato que recibimos en la persona de los Apóstoles: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura".

Informe del Episcopado de El Salvador (por Mons. Arturo Rivera Damas). En la República de El Salvador (Centroamérica), después del Vaticano II y sobre todo a partir de la reunión del CELAM en Medellín (año 1968), se considera la evangelización como el anuncio del Evangelio que mueve a los hombres a aceptar a la persona de Cristo, Dios y Hombre, Salvador de todo el hombre y de todos los hombres, y a aceptar en consecuencia su doctrina y sus preceptos.

Por catequesis se entiende la explicación sistemática de la doctrina y de los preceptos. Sin embargo, al hacer un examen de la realidad, se cae en la cuenta de las grandes lagunas que existen en la vida individual y social, y del divorcio que existe entre la fe y la vida. No se puede negar que la religiosidad popular es un elemento muy importante en la vida de nuestro pueblo: la gran mayoría de los fieles recibe los sacramentos de la iniciación cristiana y desea morir "confortada con los auxilios de nuestra santa religión". Sin embargo, al mismo tiempo se registran grandes lagunas en la vida familiar, un continuo aumento de la delincuencia y una mala distribución de los bienes y riquezas. Esto lleva a preguntarse si nuestro pueblo está realmente catequizado en el pleno sentido de la palabra que hemos dicho antes, o si no habrá, más bien, recibido una forma tradicional de catequesis orientada a la información tradicional más que al objeto esencial de la fe.

Por todo esto, el problema no es sólo qué debe hacer la Iglesia, sino cómo debe volver a entablar su relación con el mundo. Este es precisamente el tema del Sínodo.

En cuanto a las pequeñas comunidades: a partir de 1971 en El Salvador han ido extendiéndose las comunidades eclesiales "de base". Estas comunidades son eficaces tanto en las parroquias rurales como en las urbanas, por su vitalidad, por la conversión, tanto comunitaria como individual, a la que conducen, por la oración privada y litúrgica y por la ayuda que prestan a la solución de las dificultades de la comunidad; en ellas se lee mucho la Sagrada Escritura y se frecuentan los sacramentos. El mejor criterio de que realmente existe un compromiso serio de vida cristiana es el de la vida comunitaria. Hasta ahora no se ha registrado ningún problema de desobediencia a la jerarquía por parte de estas comunidades.

A la pregunta de si en El Salvador existen laicos conscientes de su misión en la Iglesia hay que responder que la mayor parte de los fieles tienen, sin duda, una actitud de pasividad. Sin embargo, existen algunas organizaciones en las que se puede admirar grupos de fieles conscientes, cuya acción evangelizadora ha dado nueva vida a la parroquia, a la diócesis, a la nación. En el mundo obrero existen la JOC y la MOAC que, sin embargo, son asociaciones muy poco numerosas. Entre los fieles de la clase media baja hay también parroquias en las que florecen comunidades de vida cristiana cuyos miembros son muy conscientes de su misión en la Iglesia. La clase media, por su parte, tiene un influjo mucho mayor en la creación de grupos y organizaciones especializadas; de ellas proceden los *Cursillistas de Cristiandad* (M.F.C.: Movimiento Familiar Cristiano). La conciencia y la participación de los laicos varía mucho de una diócesis a otra. También brotan grupos fingidos o auténticos que se llaman "de extrema derecha" que se oponen, a través de los *mass-media*, a las iniciativas y actividades de la Iglesia en los problemas de justicia social. El clero está generalmente de acuerdo en que la tarea principal de la Iglesia en San Salvador es fomentar al máximo la promoción de los laicos. Para ello existen en todas las diócesis grupos y organizaciones como también equipos itinerantes. De este modo se trata de que los laicos asuman su misión específica en la construcción de la ciudad terrena y suplan así de algún modo la creciente escasez de clero. Los laicos como "celebradores" de la Palabra participan en la vida de la comunidad como catequistas; algunos de ellos son promovidos, cuando la comunidad lo decide, a los ministerios de lector y acólito. Están capacitados para interpretar la realidad de la vida del país, y exigen en razón de su propia fe que se realicen cambios más profundos y a ser posible más rápidos.

En El Salvador tal vez no hay todavía conciencia de la conexión que existe entre la promoción—liberación humana y la evangelización, porque todavía no se ha aceptado la eclesiología y la cristología del Vaticano II con todas sus consecuencias. Sin embargo, existe una cierta conciencia de esta conexión. No se puede negar, de ningún modo, que los movimientos especializados de Acción Católica, sobre todo la JOC y la ACU en América Latina, han evolucionado y han perfeccionado mucho su método de ver, juzgar y actuar; igualmente han tomado de otros métodos de investigación algunos elementos que han facilitado el dar un juicio global de la sociedad, de tal modo, que la fe pierde su carácter privado. Ha ocurrido también que se ha llegado a considerar el apostolado como algo sobreañadido pasando después a hablar de testimonio y misión temporal, promoción humana, "concientización" y, por último, revolución que no se interpreta como algo necesariamente violento, sino como la necesidad de un cambio profundo y rápido. Se ha superado, ciertamente, el

afán inmoderado de novedades ("radicalismo"); y se considera que la evangelización está unida con la promoción humana; por lo cual es necesario que todos los hombres sean conscientes de su situación, de que son hijos de Dios y hermanos en Cristo de los demás hombres, de que su fe está necesariamente unida con la política, principalmente para que el bien común y la defensa de los derechos humanos se convierta en realidad. Esta es la lucha evangélica por la justicia y por la paz.

Informe del Episcopado de México (por Mons. Manuel Castro Ruíz). México es una sociedad de contrastes en muchos aspectos humanos, que busca, sin embargo, su unidad e identidad como nación, mientras experimenta los profundos y rápidos procesos que está viviendo hoy la humanidad: la secularización, el anhelo de liberación y de justicia, el sentido de la solidaridad entre todos los hombres, etc.

Fijando la mirada en el campo de la evangelización hay que señalar ante todo la religiosidad popular. Elementos de la misma son: un sentido profundamente arraigado de la trascendencia de la existencia humana, o sea, una orientación fundamental hacia Dios; amplia difusión en el pueblo; con manifestaciones culturales típicas, cuyas raíces se hunden en lo autóctono y en lo hispánico.

El sentido de la trascendencia, como apertura radical del hombre a Dios, se ha encarnado en México en un catolicismo popular, cuyos rasgos más salientes se pueden describir así: aunque alimentado por una catequesis conceptualista, el catolicismo popular es prevalentemente vivencial; se nutre de tradiciones (conceptos y valores) transmitidas por la familia y por el grupo social, a través de los cuales las generaciones nuevas son informadas acerca de las nociones y prácticas fundamentales de la fe cristiana y son llevadas a una elemental comunión eclesial; está marcadamente orientado al culto: a Jesús en su pasión, a la Virgen Madre de Dios, María, a los Santos; la devoción a María está arraigada tan profundamente en el corazón del pueblo, que con toda razón se la considera como un elemento de cultura mexicana; el catolicismo popular tiene actitud de fuerte dependencia respecto a la providencia de Dios, a veces con sentido filial y personalizante, a veces con sentido fatalista y pasivo; crea ciertas actitudes morales primitivas, pero no llega a madurar conciencias morales en dimensión cristiana plena, personal y, sobre todo, comunitaria; está estrechamente vinculada con el folklore, donde se originan ciertas expresiones devocionales; es una fe profesada valerosamente, en un contexto histórico difícil.

La renovación no se puede entender sino dentro de la visión del catolicismo popular, que ha alimentado y a la vez se está beneficiando de ella. Tiene la peculiaridad de una participación muy activa del laicado al lado de los sacerdotes. Sus antecedentes hay que buscarlos en la acción de la jerarquía, conjugada con dicho catolicismo popular, lo que produjo movimientos de vitalidad interior y apostólica, tales como los movimientos de Cursillos de Cristiandad, de Acción Católica, una gran variedad de asociaciones piadosas, órdenes terceras, organizaciones de caridad asistencial y de promoción social, asociaciones de trabajadores y de empresarios. Además, hay que tomar en cuenta un hecho sintomático de máxima importancia; el florecimiento de vocaciones para el sacerdocio y para la vida religiosa. Entre los más recientes factores que han contribuido a la renovación de la vida cristiana hay que señalar el movimiento bíblico, el movimiento catequista, el movimiento litúrgico y el movimiento carismático o movimiento de renovación en el Espíritu Santo. En nuestros tiempos este movimiento ha venido desarrollándose, con un ritmo creciente, en diversos sectores de nuestra comunidad, también entre los jóvenes. Puede

describirse como una búsqueda de interioridad y trascendencia, en oposición a un mundo que está volcado sobre lo exterior y lo temporal. Frente a esta experiencia nueva, el Episcopado se mantiene atento y vigilante; en algunas diócesis se han dado ya algunas normas y se han hecho advertencias.

La metamorfosis social y cultural que está sufriendo México con el resto de la humanidad, crea un estado de ánimo de confusión y desconcierto, que produce actitudes diversas entre los cristianos, desde las posturas más radicales y violentas hasta las actitudes conformistas y pasivas. Y esto también se da entre algunos clérigos y entre algunas religiosas. La angustia y los anhelos de liberación aún cuando busquen auténticos valores, llevan consigo dos tentaciones: la tentación grave de encerrarse en la dimensión puramente temporal o inmanente de la historia, renunciando a la dimensión trascendente, esencial a la fe; y la tentación de caer en la estrategia antievangélica de la violencia.

Apoyándose en las riquezas espirituales de nuestro pueblo, la acción evangelizadora de la Iglesia se esfuerza, con fidelidad a la palabra de Dios y como servicio a la comunidad mexicana, por conservar y purificar el sentido de la trascendencia contenido en la religiosidad popular; superar la dicotomía existente aún entre la fe y la vida, vivificando el cristianismo de muchos, para que dentro de una auténtica conversión, se consagren al ejercicio sincero de la verdad, la justicia y la caridad; madurar la fe para liberar al cristiano de la actitud fatalista o pasiva y para que adquiera un sólido sentido de la libertad y de la responsabilidad. Para alcanzar esto, la Iglesia, mientras evita proponer soluciones técnicas trata de iluminar con la luz del Evangelio las conciencias de los cristianos, a fin de que busquen el Reino de Dios, tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales.

Conscientes de que nos hallamos frente a uno de los desafíos más formidables de la historia y de que la Iglesia está llamada a misiones inmensas, queremos afirmar, una vez más, nuestra esperanza en Cristo, que padeció y resucitó para preparar al Padre el reino universal, y cuyo Espíritu Santo vivifica el mundo. El signo de esta esperanza que no frustra es María.

Informe del Episcopado de Perú (por Mons. Ricardo Durand). La conferencia Episcopal del Perú se ha alegrado de que el tema del presente Sínodo sea la evangelización, al que los obispos peruanos vienen dedicando gran atención.

En Perú, casi todas las diócesis tienen ya consejos presbiteriales y pastorales; y, como desde hace muchos años funciona la asamblea episcopal nacional, que se reúnen de modo ordinario cada mes de enero (la última extraordinaria en agosto, ha sido la 44 asamblea), hemos ido perfeccionando esta asamblea de modo que ya desde hace 5 años participan en esta asamblea los sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos. Hace dos años la Asamblea de Obispos reguló el modo de proceder dividiendo el país en 8 regiones pastorales, dada su variada diversidad. En cada región se tiene la asamblea regional con la asistencia de los agentes pastorales ya nombrados, los cuales eligen sus representantes para la asamblea nacional de enero. De este modo hemos instaurado un valioso diálogo con sacerdotes, religiosos, religiosas, catequistas y laicos, que sin duda alguna enriquecen enormemente con conclusiones pastorales, aunque tratándose de Asamblea de Obispos, el último documento lo revisan y publican ellos solos.

Perú cuenta con 6.000.000 de quechuas los cuales tienen una religión con elementos válidos pero mezclada con paganismo. Se ha fundado hace 7 años un

Instituto de Pastoral Andina, que está trabajando con mucho éxito en acomodar más profundamente la Pastoral al modo de ser y al alma indígena. En Lima también hay otro centro de estudios teológicos para laicos; 12 de sus exalumnos, ya casados, han sido ordenados recientemente diáconos permanentes.

El documento del Episcopado peruano sobre la evangelización hace notar la necesidad de una pedagogía de la fe, que impulse realmente a los hombres a combatir el pecado en sí mismo y las consecuencias que éste último comporta en las estructuras sociales, sobre todo en un momento en que el mundo secularizado quiere negar el pecado. Pero no se debe olvidar que el hombre que debe ser evangelizado experimenta la lucha descrita por el Apóstol Pablo, "el bien que quiero no lo hago y hago el mal que no quiero". Es la experiencia del "egoísmo", reforzado por el influjo de la sociedad moderna que crea continuamente nuevas necesidades y las anuncia con los medios de comunicación social. Así mientras muchos viven en una abundancia sin límites, la mayor parte de los hombres caen en una miseria cada vez más profunda.

Del pecado, de la concupiscencia, del egoísmo, resulta que muchos van a una vida fácil pero vacía, de donde se ha llegado al hipersexualismo, a las drogas y a justificar por leyes el aborto, que es un asesinato de quien no puede defenderse.

Por otra parte, muchos viven en una situación de miseria, de injusticia permanente que, como se dijo en Medellín, es "un estado de pecado" no de ellos, claro está, sino de los que les mantienen en ese estado.

El cristianismo nos da la filiación divina: nos hace hijos de Dios y nos lleva a ser hermanos con Cristo, con todos los hombres. Si esta verdad la hacemos sangre de nuestra vida superaremos todas las dificultades de la evangelización.

El pueblo peruano es un pueblo religioso, pero con una religiosidad demasiado externa. Recordemos que las devociones, los mismos sacramentos, más aún, el mismo sacrificio Eucarístico de Cristo, no son un fin en sí, sino un medio para que vivamos la vida de hijos de Dios Padre, hermanos todos en Cristo. Nos preguntamos, pues, los obispos del Perú: cómo encontrar una pedagogía de la fe (con la cual comienza la evangelización) que nos empuje a vivir como hermanos, que se amen como Cristo nos ha amado, dado que todos somos hijos del mismo Padre que está en los cielos? Ojalá podamos llevar a la práctica la respuesta a estas preguntas. Sin duda que resolveremos todos los problemas de la pastoral evangelizadora.

Informe del Episcopado de Santo Domingo (por Mons. O.A. Beras Rojas).
Expone algunas experiencias evangelizadoras que se realizan en su país.

Tres prenotandos:

1) Somos un país donde el 95 por ciento de la población está bautizada. Querer reducir esto a una simple costumbre social es falsear la verdad, como también lo es atribuirlo a una fe explícita y consciente. Sin embargo, este dato nos habla inequívocamente de una realidad fundamental: la fuerte religiosidad de nuestro pueblo y el sentido cristiano de tal religiosidad;

2) Somos un país con penuria tradicional de Sacerdotes. Por otra parte, en su mayoría han sido siempre extranjeros y últimamente bastantes de otra lengua y cultura. Esto explica la dificultad real que ha tenido entre nosotros el cultivo y profundización de la fe y aún de la misma religiosidad;

3) Causas geográficas, ideológicas, sociales y económicas hacen que nuestro cambio cultural vaya hoy a un ritmo de vértigo.

En las cinco diócesis del país existe una eficiente escuela de catequistas que ha

formado unos 60.000 de ellos, los cuales, bajo la dirección de los sacerdotes e incluso supliéndoles, trabajan intensamente en la evangelización. Se ha puesto especial empeño en publicar varios catecismos autóctonos, que responden a nuestras características culturales.

Nota peculiar de la evangelización de estos últimos años ha sido partir de, o mejor aún, tener muy en cuenta la idiosincracia y la religiosidad existente. Para ello se han hecho diversos estudios valiosos de la religiosidad popular. Con el fin de ayudar a todo esto se ha creado a nivel nacional el Instituto Nacional de Pastoral como instrumento eficiente de servicio a todos los agentes pastorales y evangelizadores. Entre las iniciativas en el campo de la evangelización han de citarse las asambleas familiares a nivel nacional, y los cursillos que se están exigiendo para el bautismo de los hijos y para el matrimonio.

Por nuestra especial situación de país no desarrollado, en creciente y agresiva toma de conciencia de su situación injusta e insostenible y sacudido por multiformes violencias, la promoción y liberación, como parte del compromiso cristiano tiene entre nosotros especial importancia. En esta línea hay dos tipos claros de pastoral y evangelización debajo de las cuales existen dos eclesiologías diversas. El primer tipo pretende hacer sentir hondamente la filiación divina y la confraternidad humana para de esto partir luego a una realización temporal socio-política correcta según Dios. Fundamentada en la justicia y equidad. El segundo pretende conseguir una liberación temporal que haga reconocible a Dios en la sociedad, creíble a la Iglesia y posible la vida del Espíritu en el individuo y en la comunidad. Sin esta pre-evangelización, se afirma, es imposible la evangelización. No faltan antagonismos, no agudos aún, entre ambas posiciones. Con este fin se hacen algunos ensayos sacerdotales interesantes, todavía en sus comienzos, en barrios alejados de la Iglesia y con prejuicios contra ella. Dichos ensayos se basan primordialmente en el testimonio de vida en condiciones semejantes a la de ellos.

Se da gran importancia a la pastoral juvenil y, respecto a la participación de los laicos en la obra evangelizadora, tenemos la experiencia de los "presidentes de asamblea". La idea surgió ante la escasez sacerdotal sobre todo en los campos y montañas. Uno o dos sacerdotes no podían formar comunidad cristiana con 30.000, 40.000 y hasta 60.000 fieles. Estos laicos, llamados "presidentes de asamblea" reciben del obispo la "misión" de formar y presidir la comunidad. Sus funciones son; convocar la asamblea de la comunidad; celebrar la palabra de Dios; distribuir la sagrada comunión si tienen facultad del obispo para ello; vigilar por el bien espiritual y aún material de su comunidad y llevar la comunión a los enfermos. Deben tener su consejo de comunidad. Pueden ser solteros o casados. Deben ser gente madura, de fe profundamente vivida, con sostenimiento económico asegurado, con experiencia apostólica y sugeridos y aceptados plenamente por la comunidad. Se les exige previamente una formación especial que van recibiendo en etapas sucesivas. La misión que reciben es temporal pero prorrogable. En la actualidad hay ya varios centenares de "presidentes de asamblea". Esta experiencia ha sido entre nosotros mucho más eficaz y ha tenido más éxito que la de los diáconos casados.

Todas nuestras actividades evangelizadoras pueden resumirse así: suscitar e intensificar la fe de acuerdo con nuestro mundo y cultura; incrementar y vigorizar la vida del Espíritu, urgir la dimensión temporal de nuestra vocación escatológica con sentido pascual; integrar y solidarizar cada vez más a todo el pueblo de Dios; incorporar activamente a los laicos a la misión de la Iglesia con servicios propios de ellos, y ayudar a todos los fieles a ser misioneros en el mundo de hoy

Informe del Episcopado de Uruguay (por Mons. Andrés Rubio Carcía). La Iglesia que peregrina en Uruguay ha realizado un notable esfuerzo para responder al impulso evangelizador del Vaticano II y de la II Conferencia del Episcopado de América Latina de Medellín. Dicho esfuerzo se inserta en una pastoral de conjunto planificada y revisada cada año por el Episcopado nacional, en diálogo con presbíteros y laicos. Los instrumentos principales de este esfuerzo evangelizador, en un pueblo fuertemente des cristianizado y de orientación laicista, son los que señalamos a continuación: la catequesis renovada que, si con dificultad buscó y halló caminos nuevos adaptados al hoy de la Iglesia y de los hombres, recoge ya frutos consoladores; este esfuerzo ha sido complementado con la creación de un instituto de teología para laicos; la renovación de la pastoral sacramental, especialmente a través de una más esmerada preparación de los sujetos, y, en caso de tratarse de niños, también de sus padres; el compromiso eclesial por suscitar comunidades de base, de las que hablaré más detenidamente luego; la renovación catequístico-pastoral diocesana y nacional. Sin duda que ha facilitado el camino para la evangelización la renovación del rostro de la Iglesia que la ha hecho sentirse más cercana al hombre y a sus problemas, sin desconocer las tensiones que, a su vez, esta renovación ha provocado.

Respecto al compromiso eclesial por suscitar "comunidades de base", se trata de una clara opción de la Iglesia en Latino-América, que el Episcopado de Uruguay hizo suya. Se trata de un empeño pastoral integrado en toda una pastoral de conjunto; las comunidades de base no se agotan en sí, ni agotan toda la acción pastoral. Alentadas por la jerarquía y por ella acompañadas no surgen por decreto, ni tampoco nacen con actitud contestataria. No sustituyen la estructura parroquia, sino que la sirven y vivifican. Son una escuela de formación en la responsabilidad eclesial de los laicos. Se cuida para que no se cierren sobre sí mismos, ni caigan en un dañoso subjetivismo de fe y de vida cristiana. Igualmente se insiste para que conserven su identidad eclesial; esto es, que sean comunidades de fe, de oración, de caridad, de testimonio, misioneras, evitando que se conviertan en grupos activistas, socio-políticos o de presión. Se evita el uniformismo, aceptando y promoviendo un sano pluralismo. Preocupación permanente es cómo vincular mejor este esfuerzo con una conveniente pastoral popular, evitando actitudes pastorales elitistas. Finalmente, lo dicho, como lo señalara en su exposición Mons. Pironio, es más una meta hacia la que camina, que un objetivo ya logrado; por eso los llamamos más bien "grupos de reflexión" que "comunidades de base".

Informe del Episcopado de Venezuela (por Mons. Domingo Roa Pérez). Venezuela es un país católico con un 95 o 96 por ciento de bautizados. Hay una desproporción considerable entre los bautizados y los participantes en la vida de la Iglesia. En algunos ambientes la vida cristiana se reduce casi exclusivamente a seguir creyendo sin prácticas religiosas o muy pocas. En Venezuela hay un gran éxodo campesino que perjudica a la vida religiosa y moral.

Daña el sentido de la fe la diversidad de opiniones expresada por algunos predicadores, conferenciantes, directores de retiros, y las revistas católicas extranjeras acerca de puntos referentes a la doctrina moral. Difundidas en un ambiente de escasa formación religiosa, estas ideas siembran una tremenda confusión que conduce al indiferentismo.

Al lado de grupos clásicos, como cofradías y piadosas asociaciones, surgen los grupos de reflexión de la fe. En cuanto a los grupos carismáticos se presentan

bastante cerrados y con exageraciones doctrinarias y disciplinarias y con cierta reacción frente a la jerarquía.

No hay idea clara sobre las pequeñas comunidades. Tales grupos han calado especialmente entre la juventud más por lo nuevo que por su identidad. Son más heterocríticos que autocríticos. Revelan un sentido profético antitético, desconsideración de las leyes y de la autoridad por su institucionalidad manifiestan autonomía en lo relativo a la liturgia. De los Evangelios deducen una Iglesia "gheto" y clave resolutoria de tipo socio-económico. Estas características y el repliegue sobre sí mismos, hacen inoperante tales grupos para nuestra evangelización. No obstante las mencionadas experiencias, la idea de grupo de mayor exigencia y sentido comunitario ha movido a grupos cristianos pre-existentes sin convertirlos en comunidades de base.

Existen consejos presbiterales en todas las diócesis; en cambio, los consejos pastorales en pocas y con funcionamiento exiguo. La eficacia de los consejos presbiterales ha sido relativa, debido especialmente a su novedad como organismo y a la falta de experiencia en su aplicación, y en algunas diócesis coincidió la instalación con el brote contestatario, haciéndolos en un primer momento más bien instrumentos de presión que de cooperación pastoral. Tal situación ha mejorado notablemente.

Es reducido el grupo de laicos verdaderamente conscientes de su misión apostólica en la vida de la Iglesia. Sin embargo, hay movimientos activos y eficientes: ya a escala nacional, como Cursillos de Cristiandad, "Legio Mariae", Unión de Mujeres de Acción Católica; ya de carácter local, que tienen oportunidad de mayor formación y ayudan al apostolado con fidelidad.

Hay crisis en la familia, que es muy inestable por razón del concubinato, el divorcio y el amor libre, a los que se han unido las nuevas corrientes que sacuden al hogar en todas partes. Hay diferencia de región a región. En la montaña la familia está mejor conservada y procura educar religiosamente a los hijos. En otras se reduce a una escasa preparación para la primera comunión. Nuestra familia, por lo tanto, generalmente no es fuente de evangelización.

La jerarquía tiene en gran estima el papel de la escuela católica, por ello deplora la clausura de colegios católicos y el decaimiento que se nota en ellos para la formación de líderes católicos en el sentido apostólico y social. Algunos han pretendido reemplazar la adoctrinación sistemática por conferencias, casi exclusivamente de sentido social y no siempre a la luz de la doctrina católica. En la escuela estatal primaria se da catequesis dentro del horario escolar a los niños cuyos padres así lo soliciten. En la escuela secundaria y la universidad está totalmente ausente la religión y en ésta última domina la tendencia marxista.

En cuanto al ecumenismo hay que decir que a nivel de pastores, católicos y no católicos, se han dado algunos pasos positivos. Por parte de la base no católica se produce un proselitismo agresivo.

Referente al ateísmo, éste nace de una instrucción católica elemental inconsistente ante la confrontación. Los ateos lo son normalmente porque profesan una doctrina social atea, con doble efecto. El ateísmo en Venezuela es consecuencial.

Dada la escasez de sacerdotes se necesita la cooperación de otras Iglesias, y los sacerdotes han de prestar su ayuda dispuestos a evangelizar y no politizar.

La Iglesia ha expuesto la doctrina social con claridad y decisión en plena fidelidad al pensamiento católico. Son abundantes los documentos del Episcopado, tanto colectivos como particulares, e igualmente las publicaciones de la prensa católica.

La Iglesia de Venezuela posee tres periódicos diarios que pasan de los 50 años, y uno de los 85, *La Religión*, que es precisamente el decano de la prensa social. Posee también seis emisoras. En su reorganización la Iglesia pensó en los medios de comunicación social, como en instrumentos básicos para la evangelización. Su influencia está recortada a causa de la limitación de los recursos económicos. Con frecuencia sacerdotes y laicos están presentes con el mensaje en periódicos y emisoras no pertenecientes a la Iglesia. Incluso varios obispos dirigen un programa personalmente por radio cada semana y en oportunidades especiales. La Universidad Católica tiene una escuela de periodismo.

En cuanto a la reforma hay que decir que ha sido recibida con entusiasmo no exento de cierta precipitación anárquica que aún se nota en algunos no contentos con los cambios realizados hasta ahora.

Echando una mirada retrospectiva se puede afirmar que, no obstante la escasez de clero, de recursos y las dificultades propias de un mundo en cambio violento, que se siente más en nuestro país por su condición de pueblo joven y de gran crecimiento económico y social, la situación religiosa actual es mejor que la de tiempos pasados y la Iglesia es allí hoy más que nunca un sacramento de salvación y un signo de esperanza.

La Evangelización en el Mundo Contemporáneo

Rueda de Prensa de Mons. Alfonso López

Al finalizar la primera parte del Sínodo, sobre "intercambio de experiencias sobre evangelización en los diversos continentes, Mons. Alfonso López, Secretario General del CELAM y miembro del Comité para la Información sobre el Sínodo, tuvo la siguiente rueda de prensa que tomamos literalmente de *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, No. 41, 13 de octubre de 1974, p. 16, y que consideramos interesante para el lector.

(Nota de la Redacción).

El Sínodo se ha convertido en un valioso instrumento de reflexión y movilización de la Iglesia. Las Iglesias, por así decirlo, se ponen en "estado de Sínodo": en él centra la atención de muchos y hacia él se hacen converger numerosos esfuerzos.

Sobre el tema central de la evangelización en el mundo actual, además de la síntesis ofrecida por quienes han tenido a su cargo la visión panorámica general y por continentes, ha culminado ya la etapa de relaciones en el Aula con las intervenciones que han brindado su "comunicación de experiencias". Ha sido rico y variado el aporte de un elevado número de Conferencias Episcopales que han desplegado un interesado abanico de problemas inquietudes, aspiraciones y actividades que han ayudado a captar la situación en su compleja realidad y a pulsar el ritmo de la Iglesia.

La evangelización es para la comunidad que se congrega en torno del Cristo vivo como su respiración: la Iglesia vive y crece en la medida en que, nacida de la palabra del Señor anuncia con gozo el Evangelio e invita a los hombres a decidirse por el reino de Dios.

Me corresponde hacer una síntesis sobre las intervenciones de esta primera parte, tarea ciertamente difícil, dada su variedad, su amplitud y la densidad del contenido. Forzosamente he de limitarme a brindar un resumen de las tendencias que, como constantes, parecen más significativas, al menos en lo que he podido captar y que